

De donde podemos concluir nosotros, llamando la atención sobre las insospechadas relaciones dadas a veces entre corrientes de pensamiento aparentemente opuestos, que Sócrates, el impugnador de la ciencia natural de su época, podría considerarse de derecho, como uno de los precursores del método que esa ciencia adopta en el renacimiento.

Las breves páginas comentadas contienen seguramente, ideas susceptibles de un comentario más detallado y extenso. Nuestro propósito no ha sido sino dar una noción resumida lo más precisa posible de lo más importante y anotar algunas sugerencias al margen.

Al final, permanece nuestra convicción de que Sócrates no sólo es un hito en la realidad filosófica sobre el que se inclinan los siglos encontrando nuevas vetas de pensamiento según la especial perspectiva histórica; constituye también una posible vía de ingreso hacia la más auténtica filosofía.

CÁSTOR NARVARTE

Arnold Toynbee. EL MUNDO Y EL OCCIDENTE (The World and the West).
Aguilar, Madrid.

Reúne Toynbee en este libro publicado en 1953 una serie de conferencias que dió en Londres un año antes.

A través de estas páginas destinadas más bien a un gran público culto, se advierte, no obstante, el característico estilo de pensar y el juego de las categorías fundamentales con que el historiador británico entiende el mundo y asume una posición no sólo para hacer historia sino también para asistir a ella.

En particular un rasgo que es propio de su filosofía de la historia se muestra

aquí ejemplarmente: el sentido que el presente tiene en ella.

Una historia o una filosofía de la historia puede llegar hasta el presente y éste será entonces un tema, un hito del tiempo. O bien puede surgir del presente, según decía Troelsch "como una consideración retrospectiva en la que logramos la comprensión causal de los sucesos pasados, por analogía con la vida de hoy". El presente es aquí un modo de conciencia intelectual, un estado de cultura.

En cambio en la filosofía de Toynbee el presente parece significar más bien una intensa proyección de la actualidad sobre la estructura sucesiva de la realidad histórica. Tal significación puede considerarse tributaria o afin con la teoría del tiempo y de la historicidad elaboradas por el pensar filosófico de un Dilthey, un Bergson y un Heidegger, principalmente.

El libro de Toynbee intenta dar un panorama del presente político a la luz de la categoría básica del "Challenge and response". El antagonismo en examen es el que señala el título: Occidente que, aunque no lo dice, parece comprender la Europa Occidental y ambas Américas, y el Mundo, que comprende a Rusia, el Islam, la India y el extremo Oriente.

El "Challenge" de Occidente ha durado no menos de cinco siglos y sus formas de penetración fueron múltiples: pensamiento, técnica, cruzadas y misiones, difusión de las ciencias, empresas comerciales.

Toynbee examina de preferencia un tipo de respuesta de las civilizaciones que recibían tales impactos. Tal respuesta de estilo múltiple es la "occidentalización", vale decir la adopción, como medio principalmente defensivo,

de formas propias de la Sociedad desafiante.

De entre esas formas destaca Toynbee la tecnología, a la que atribuye una importancia histórica que, en estos años, nos resulta fácil comprender.

En el enfrentamiento con Rusia la técnica crea un ritmo alternado; derrotada por los polacos, Rusia aprende el empleo occidental de las armas de fuego y se defiende victoriosamente de los franceses en 1812; queda atrás en el progreso industrial moderno y cae nuevamente derrotada por los alemanes; el comunismo, luego, la introduce a marchas forzadas en la técnica científica y en la ideología marxista, ambos productos occidentales que fuera de su constelación cultural propia adquieren un tremendo dinamismo. Se produce el fenómeno que Toynbee explica en el capítulo que denomina Psicología de los Encuentros, valiéndose de una imagen de la física, esto es el fenómeno de la radiación cultural sobre un organismo extranjero cuya resistencia difracta el rayo cultural, produciéndose en las diversas bandas del espectro un grado de penetración diversa. Ello permite recoger la técnica científica eliminando el complejo cultural originario.

Modernamente hemos visto a la Sociología, a la Economía y a las disciplinas del Derecho Público ir absorbiendo el material de la antigua ciencia política y, si pensamos en Toynbee y en Spengler, podríamos afirmar tal vez que la filosofía de la historia viene guardando para sí el nervio de aquella disciplina. ¿Es ésto nuevo? ¿Acaso ya en sus orígenes modernos, en Maquiavelo, no estaba la visión política integrada en un profundo sentido de lo histórico?

Este libro de Toynbee que por mo-

mentos parece conservar los rasgos de un documento de Cancillería se muestra además profundamente emparentado con la política de su país, con ideas y puntos de vista como los que Churchill expresaba en los Comunes días antes de su renuncia. Fluye de él una mezcla muy británica de religiosidad y negociación, de idealismos y cálculo de fuerzas.

Toynbee intenta finalmente prefigurar la respuesta que viene hacia el Occidente desde aquellos extremos del mundo y lo hace, según su método, retrocediendo a una situación pasada en la cual se presenta una constelación análoga de hechos que permite estimarla como una de nuestras posibilidades presentes.

Ello ocurre en el siglo segundo después de Cristo en el cual la ofensiva grecorromana ha perdido su fuerza; coexisten tres imperios en medio del cansancio por las colisiones culturales y después de fracasados dos intentos de humana deificación: el de Alejandro y el de Augusto.

Surgen entonces del Oriente un conjunto de nuevas religiones: Jesucristo, Mitra, Cibeles, Isis, los bodhisattwas que, adoptando formas griegas dominan a la minoría grecorromana. Es decir a esa minoría que impuso a los mismos bárbaros y orientales a ella sometidos un modo de vida secular y que después de hacerlo llegó a sentir como dijo Marco Aurelio que "el ritmo del Universo es monótono y carente de sentido".

Es este un augurio que debe entenderse a la luz de la teoría de Toynbee sobre el surgimiento de religiones superiores y su influjo en la historia de una civilización, y a la media luz de

una realidad que Toynbee parece ver germinando en la actualidad.

JUAN DE DIOS VIAL LARRAIN

Werner Jaeger, LA TEOLOGÍA DE LOS PRIMEROS FILÓSOFOS GRIEGOS. Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

Ha sido frecuente calificar a la primera filosofía griega como "naturalismo" en oposición a la concepción mítico-animista que la precede y de que dan testimonio los poemas de Homero y Hesíodo, y a la concepción teológica que comienza a desarrollarse con Sócrates —tras la crisis sofística— y que está representada principalmente por los platónicos y los neoplatónicos. Ciertamente, se ha reconocido que no todo es naturalista antes de Sócrates, basta recordar los misterios órficos, el pitagorismo y la vigencia que conservan los antiguos mitos paganos; y también que no todo es teológico después de Sócrates puesto que en Demócrito culmina la concepción naturalista precedente, prolongación de la cual es también el epicureísmo. Pero atendiendo a los caracteres generales, parece haber una línea cultural que comienza con los milesios —Tales, Anaximandro, Anaxímenes— que se desarrolla en Heráclito y los eléatas, que se manifiesta luego en los atomistas —Leucipo y Demócrito— y más tarde en los epicúreos; y otra que, sin perjuicio de algunos antecedentes importantes, parece nacer con Sócrates, se desarrolla en Platón y termina, si atendemos sólo a la antigüedad, en Plotino y los demás neo-platónicos. Conforme a esta perspectiva, los órficos, los pitagóricos y probablemente Jenófanes, aparecen, por su inclinación teológica, como una excepción al carácter predominante de la filosofía preso-

crática; y en el período posterior, los epicúreos constituyen la excepción, y los estoicos una oscilación del naturalismo hacia la concepción teológica; la obra de Aristóteles puede ser tenida, en cambio, por una tentativa de mediación entre ambas concepciones del mundo, es decir, como desempeñando un papel análogo al que corresponde a Leibniz en la época moderna; otros filósofos, por último, —los sofistas, los cínicos, los escépticos— representan, en diversos estadios la crisis cultural. El primer ciclo de la cultura occidental podría, pues, caracterizarse en el plano filosófico por la oposición de dos concepciones del mundo: naturalista la una, teológica la otra, de cuyo antagonismo nace la crisis histórica, y que emergen de una cultura mágico-mítico-animista que las contenía en potencia, es decir, en que los caracteres de ambas se daban de un modo difuso e indiscriminado.

Pues bien, en la obra que ahora comentamos, Werner Jaeger se propone impugnar la calificación de la primera filosofía griega como "naturalismo" en oposición a "teología". A juicio del sabio autor de "Paideia", esa calificación deriva de que los investigadores de la escuela positiva proyectaron retrospectivamente sus propias convicciones en la primitiva filosofía helénica, a través de una interpretación que descuida o menoscaba aspectos fundamentales de ella. Si se atiende a estos aspectos, resulta, en cambio, —y esto es lo que Jaeger se propone mostrar— que esa filosofía es teológica, es auténtica teología natural, o sea, constituye una investigación racional sobre la naturaleza de Dios (o de los dioses). Nada parece más ingenuo, en verdad, que el querer reconocer a toda costa